



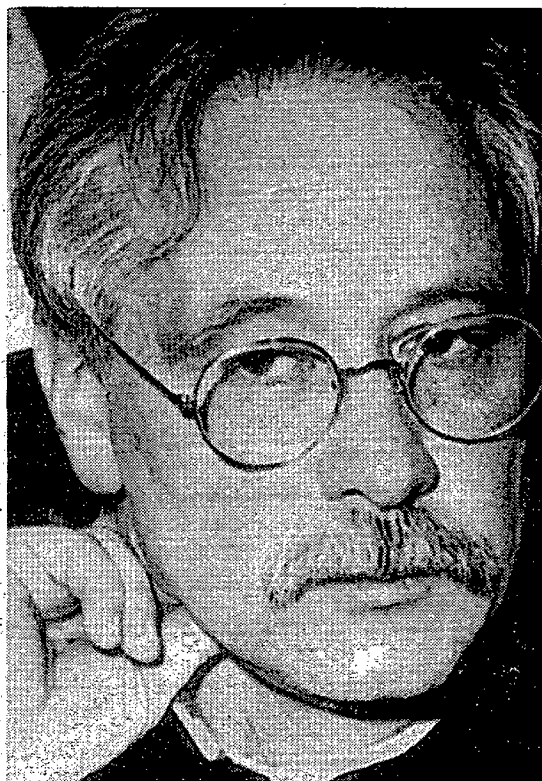
Bernhard que supo mantener el tono literario a lo largo de su vida. Por otro lado, tampoco me parece extraño lo que ocurre con los últimos libros de Handke. Un escritor, por bueno que éste sea, tiene una vida creativa de veinte años. No más. Ésta es, me parece, la duración natural, y los escritores deberíamos no solamente saberlo (ya lo sabemos todos) sino tenerlo bien presente. Claro que hay excepciones. Thomas Mann es una gran excepción. Pero todos, incluso los mejores, tienen sus límites de tiempo creador. Así ocurre con los narradores, y de manera más evidente en los poetas. Y si estos últimos reconocen los motivos de un silencio a tiempo, los narradores parecen querer resistirse a esta evidencia. A mi modo de ver, los mejores libros de Handke son los de sus primeros veinte años de escritor. Luego resulta difícil, por no decir imposible, mantener ese tono de alto nivel literario.

—¿Cuál cree entonces que es su mejor momento creativo?

—Lo que yo hago no cuenta.

Sonríe como si nuestra conversación no fuera con él.

—Es cierto. No tiene importancia. Le hablo en serio. Yo empecé a escribir muy tarde, a los cuarenta años. Por cansancio. Por enfermedad. No sé decirle. Tuve una crisis importante. Y desde entonces escribo sin ningún tipo de ambición. Por una necesidad imperiosa de realizar un trabajo muy privado. Seguramente como un medio de defensa. El ejercicio de escribir, para mi sorpresa, se ha ido convirtiendo en algo cada vez más importante para mí. Creo que seguiré escribiendo hasta la muerte. He pasado toda mi vida dando clases, y ya estoy cansado. La Universidad ya no es lo que era. Los escritores ya no estamos bien vistos en este Reino del saber y de la Gran burocracia. Por otro lado, la literatura exige todo tu tiempo. Mi idea es retirarme a escribir a una cabaña que tengo por algún lugar. Sin embargo, tampoco quiero depender de la literatura. He visto a muchos escritores malograrse por requerimientos de publicación. Es algo importante a tener en cuenta. No hay que depender económicamente de la literatura porque entonces se escriben cosas para los demás y no para uno mismo.



Irmi Long

res Max Frisch y Friedrich Dürrenmatt. Ahora, y le estoy hablando de forma deliberada de un país muy pequeño, hay tantos escritores como tipos de yogures. De vainilla, de fresa, de fresa y chocolate. Dentro de nada podremos disponer de escritores a la carta.

A lo largo de nuestra conversación coincidimos en que el mercado del libro y el aura publicitaria que éste irradia no permite que los lectores podamos disfrutar de los buenos libros que todavía se publican. Una gran ola de basura literaria nos inunda de forma permanente. Además, le comento a Sebald, el mercado editorial por lo que se ve puede fabricar novelistas en serie.

—Como champiñones. Se publican muy pocas novelas realmente buenas. Las novelas entendidas como normales no me interesan en absoluto. La novela es ahora un género artificial. Quiero decir, nada

«LA novela es ahora un género artificial, nada verdadero en el sentido literario. Abundan los escritores que se dedican a publicar tonterías en la Prensa para convertir su nombre en la marca de un producto»

—En su libro *Los anillos de Saturno* usted ha manifestado que no sabe si se sigue escribiendo por costumbre, o por afán de prestigio, o porque no se ha aprendido otra cosa, o por sorpresa ante la vida, por amor a la verdad, por desesperación o indignación, así como tampoco se siente capaz de decir si mediante la escritura uno se vuelve más inteligente o más loco.

—No concedo entrevistas. Tengo fama de huracán y reconozco serlo. No me gustan las lecturas públicas ni las presentaciones de libros. Suelo negarme a esta clase de eventos. Hago lo mínimo para poder sobrevivir como escritor frente a mi editor. Pero volviendo a lo que me decía. Todas las razones son válidas para la escritura. O casi todas. Porque al parecer hoy en día todo el mundo puede escribir. La literatura se ha convertido en un gran supermercado.

—¿Estará entonces de acuerdo con quienes dicen que los escritores se dividen en dos grupos. Los que escriben y los que se pasean por los medios de comunicación diciendo que escriben?

—Por supuesto. Y lo paradójico es que esta denuncia la repiten, a veces, los mismos impostores literarios. Los que alimentan el fuego de la publicidad literaria. Y lo peor es que esta segunda categoría de autores está creciendo de forma imparable. Antes, en Suiza, por dar un ejemplo a mano, había dos escrito-

verdadero en el más puro sentido literario. Con frases tópicas y frívolas. Sin ningún afán estilístico. Ni sentido musical. Novelistas que siguen las tendencias de la moda. Ensayistas que se limitan a ser graciosos y a complacer su afán de protagonismo. Escritores que se dedican a publicar tonterías en la Prensa con el único afán de convertir su nombre en la marca de un producto. El texto de la novela requiere alguna suerte de artificio por parte del autor. Algo que resulte elaborado. Una apuesta por el lenguaje. Esto es lo que pienso. No me importa si dicen de mí que soy un escritor anticuado. Soy anticuado.

—Nadie lo diría al verle.

—Tal vez tengo esta suerte. No parezco un escritor. De hecho, y tal como están las cosas, lo único sensato es retirarme a vivir en una cabaña, en el campo. Dejar de dar clases, porque la Universidad acaba con la vida literaria de uno. Es una constante lucha de fuerzas en la que siempre pierde el escritor. Hay que irse. Todo se destruye.

Tampoco tiene Sebald aspecto de viajero, profesor o ermitaño. Ni siquiera se parece a un personaje sacado de sus libros porque Sebald es exactamente como la prosa que escribe: especial, límpida, culta, inteligente, rara. Nítida y circular como un sendero alpino. Con una mirada joven de corredor veloz y el cabello de un blanco fantasmal y peregrino. ■

Vértigo EL PRIMER SEBALD

La editorial Debate traducirá próximamente *Vértigo*, el primer libro de W. G. Sebald, publicado originalmente en 1990. Al igual que la elegía exquisitamente compuesta que es *Los emigrados* y la sinuosa reflexión histórica que es *Los anillos de Saturno*, *Vértigo* está escrita bajo el signo de la melancolía. El doble saturnal del autor vaga por las calles de Viena, Venecia, Milán, Verona e Innsbruck, y finalmente, mochila al hombro, camina hacia Baviera atravesando la frontera austriaca hasta llegar a W (que hace las veces del lugar de nacimiento de Sebald: Wertsch). Entregándonos a una prosa hipnótica de meditaciones y digresiones, acompañamos al narrador en un peregrinaje espiritual cuya intención es elevarse sobre los muertos para que alguien vivo pueda interrogarse sobre el sentido de la vida.

La primera parte de *Vértigo*, «Beyle o una locura muy discreta», es una biografía de Stendhal y un comentario sobre su ensayo *Del Amor*. Stendhal, en una visita a una salina, recibe una ramita con sal cristalizada que brilla como un millar de diamantes al sol. La milagrosa transformación se convierte en una alegoría «del crecimiento del amor en las salinas del alma».

El narrador también está buscando una cristalización alegórica a medida que viaja, y trata de encontrar conexiones entre el pasado y el presente. Huye de una tragedia personal sin especificar y busca una salida a su tristeza y depresión. En uno de sus laberintos insomnes, ve a Dante desaparecer tras una esquina y tiene su primer ataque de vértigo. «El esbozo sobre lo que trataba de vislumbrar se desvaneció —nos dice— y mis pensamientos se desintegraron antes de que pudiera captarlos por completo». En el segundo capítulo «All'estero», hay más momentos de confusión. Ve a Luis de Baviera navegar en un vaporeto en Venecia y encuentra un extraño parecido con Kafka en dos gemelos que ve en un autobús.

Después está en una biblioteca de Verona buscando periódicos de 1913. «Por qué? El tercer capítulo, «El Dr. K toma las aguas de Riva» es una viñeta de Kafka en Italia ese mes. Como el narrador, está en la cama con los brazos bajo la cabeza, incapaz de dormir y viendo extrañas formas en el juego de luces procedente de la calle que se proyecta en el techo. Está escribiendo cartas a Felice, pero parece estar combatiendo impulsos homosexuales. El capítulo termina con la muerte del amigo de Kafka, que se ha transformado en la figura mítica de Graco el cazador. El cazador adopta formas nuevas y misteriosas en el capítulo final, «Il Ritorno in Patria». Nada tiene sentido. El narrador reúne las piezas y no encuentra ninguna coherencia, sólo extrañas coincidencias e inexplicables repeticiones y duplicaciones de personas y acontecimientos. Cerca del final, su voz se vuelve más desesperada: «Cuántas más imágenes trataba de vislumbrar del pasado, más difícil me parecía que el pasado hubiera sucedido en realidad de uno u otro modo, ya que nada de él podía llamarse normal: la mayor parte era absurda y, si no absurda, al menos sí sorprendente».

Creando una amarga réplica del ideal del viajero romántico en comunión con el mundo, W. G. Sebald escribe como si nunca hubiera oído hablar de la forma de la novela, de modo que está inventándola de nuevo. ■